

Sus ruegos fueron inútiles.

Colon accedió á sus deseos, y despues de ofrecer á los parientes de Albigo, que así se llamaba el jóven indígena, que volveria cargado de regalos para ellos, dejándolos más tranquilos, se dió á la vela muy contento de llevar en su compañía á aquel jóven que tan simpático le era, razon por la cual dispuso que le trataran con las mayores consideraciones.

Capítulo LXVIII.

Ilusiones engañosas.

Al apartarse Colon de la costa de Jamáica se encaminó de nuevo á la de Cuba, llegó á un gran promontorio, al que dió el nombre de Cabo de la Cruz, y poco despues, divisando un gran grupo de chozas, se detuvo para visitar aquella ciudad, cuyo cacique no tardó en enviarle emisarios, los cuales le dijeron que hacia ya tiempo que sabian la llegada de los extrangeros á aquellas regiones, y que los estaban esperando.

Alentado por esta acogida saltó á tierra, visitó la poblacion, fué muy agasajado por el cacique, y supo que aquellas tierras, á las que habia dado el nombre de Cuba, se llamaban Macaeear por los naturales del país.

Continuó al día siguiente su marcha sufriendo una espantosa tempestad, que afortunadamente para los viajeros no tardó en calmarse, porque de lo contrario hubieran perecido.

Al serenarse los elementos el vigía anunció á Colon que se veían á lo lejos multitud de islas pequeñas muy cerca unas de otras.

Su belleza incitó á Colon á darles el nombre de Jardines de la Reina.

Pero los tales jardines ofrecían en los canales que formaba el agua que les separaba inminentes peligros.

A cada instante hallaban las embarcaciones bancos de arena entre corrientes, y escollos y tenían necesidad de usar continuamente la sonda.

La imaginación y el deseo impulsaron á Colon á creer que aquellas islas formaban parte del archipiélago asiático.

Las cigüeñas de espléndido plumaje que veía allí por la primera vez le fortificaban en su creencia.

Desiertas casi todas las islas, hallaron sin embargo en una en que desembarcaron una gran población.

Las casas estaban desiertas, pero hallaron grandes cantidades de pescados, y en ellas muchas conchas de tortugas puestas á secar.

También encontraron loros domesticados, cigüeñas y perros que engordaban para comerlos.

Colon bautizó á la isla con el nombre de Santa María.

Los habitantes de ellas eran pescadores.

Pero pescaban de un modo original, muy parecido al que empleaban y aun empleaban algunos pueblos de la costa oriental de Africa, en Mozambique y en Madagascar.

Tenían un pez cuya cabeza era el punto de partida de muchas trompas que se adherían á los objetos tan fuertemente que era muy fácil hacerlos pedazos que separarlas.

Los indios ataban una cuerda muy larga á la cola de este pez, y le dejaban en el mar.

Por lo general recorría la superficie hasta el momento en que descubría su presa.

Cuando esto sucedía se precipitaba con sus trompas sobre el pescado, ó sobre las conchas de las tortugas, y los pescadores entonces tiraban de la cuerda y sacaban al pez con sus víctimas.

Antes de abandonar aquel archipiélago, visitaron los buques algunos de los indios y abastecieron de pescado á los navegantes.

Siguió Colon costeando la isla de Cuba, y desembarcó en una población grande, en la que fué recibido con más amabilidad aún que la que había notado en Guacanajari.

Con el mayor agrado ofrecían á los españoles esquisitos manjares.

Aquella parte de la isla se llamaba Ornofay.

Colon, por medio de un intérprete, hizo varias preguntas á los naturales, y supo por ellos que hacía el Oriente había también otro archipiélago.

Preguntando á un indio cuál era el límite de la isla, le respondió que cuarenta lunas no bastarían para llegar á su extremidad.

Le hablaron asimismo de otra provincia á la que dieron el nombre de Mangon, y la semejanza de este nombre con el de Mangui, le hizo creer que la fortuna le habia llevado por fin al más rico departamento del país del Gran Kan.

Animado de nuevo por sus ilusiones prosiguió Colon el viaje, y no tardó en llegar á Mangon, á donde se habia anticipado la fama de los prodigios de los españoles, de los grandes regalos que hacían á los indios, y no tardaron las carabelas en verse rodeadas de ligeras canoas en las que los naturales del país acudían poco ménos que á adorar á los blancos.

Aquella parte de la costa era la que se extendía al Occidente de la Trinidad por el golfo de Jagua.

Accediendo á los ruegos de indios bajó Colon á tierra, y vió que celebraron con músicas y danzas su llegada.

La vegetación era magnífica.

Los pájaros ostentaban en el plumaje ricos colores.

Las frutas eran sabrosas.

Las flores que crecían en los valles embalsamaban el aire con un perfume delicioso.

Pero aquello no era lo que habia descrito Marco Polo.

Por otra parte, no habia oro ni piedras pre-

ciosas, y continuando la marcha no tardaron en hallarse en un canal estrecho y peligroso del cual, despues de muchos trabajos salieron, encontrando una punta baja en Cuba, á la que llamó la punta de Serafin, dentro de la cual formaba la costa una bahía inmensa.

Hacia el Norte se descubrían lejanas montañas y tomando su rumbo Colon, ancló al día siguiente en la costa al lado de un magnífico bosque de palmeras.

Necesitaban leña y agua, y de órden del almirante fueron á proveerse algunos marineros.

Mientras llenaban sus toneles, uno de los soldados que llevaba su arcabuz, se internó en la floresta con el objeto de cazar.

No habia pasado un cuarto de hora cuando volvió con la mayor muestra de espanto pidiendo auxilio á sus compañeros.

Todos huyeron precipitadamente de la costa, y al subir en la carabela donde estaba Colon, les preguntó la causa de su repentina vuelta.

El ballestero refirió de este modo lo que habia pasado.

—Apenas me separé de mis camaradas, dijo, cuando en uno de los extremos del bosque ví á un hombre corpulento vestido con una larga y blanca túnica talar, tan parecido á un fraile que á primera vista me figuré encontrarme en España.

Detrás de él iban otros dos hombres con túnicas blancas, pero nada más que hasta la rodilla.

Los tres eran blancos como los europeos.
Seguian unos treinta ó cuarenta hombres armados con lanzas.

Yo me detuve sin saber qué hacer, y aunque me vieron no tomaron contra mi actitud amenazadora.

El que parecia su jefe se adelantó sin duda para hablarme, pero entonces no pude contener el terror que se apoderó de mí, pedí auxilio, eché á correr y no pude hacer más.

Todo se conjuraba para sostener en Colon las ilusiones engañosas que le obcecaban.

Aquellos aparecidos debian ser de la provincia de Mangui, la más civilizada de aquel vasto imperio, y dispuso que al dia siguiente una veintena de soldados con el capitán de una de las carabelas se internasen en el bosque, buscasen á aquellos hombres, y si era preciso avansasen treinta ó cuarenta leguas con el objeto de hallar la grande y civilizada ciudad que se prometia encontrar, en cuyo caso iria él á presentar al Gran Kan las cartas de los Reyes Católicos de que era portador.

Aquel viaje de exploracion fué inútil.

Los enviados encontraron muchos árboles que despedian olores aromáticos, y algunos de ellos, trepando á las copas de los árboles, vieron que producian sabrosas frutas.

Pero no descubrieron habitantes de ninguna clase y mucho menos vestidos con túnica talar.

El miedo sin duda habia hecho ver al ballestero aquellos fantasmas ó tal vez le habian parecido hom-

bres las cigüeñas que habia en aquel bosque en gran abundancia, las cuales andaban en bandadas y comian juntas mientras que una de ellas estaba de centinela á cierta distancia para advertirles cualquier peligro.

Despues de explorar aquellos alrededores continuaron las embarcaciones su rumbo hácia Occidente.

Se detuvo en otra isla donde tambien fué muy bien recibido por los naturales, continuó la marcha no sin hallar grandes escollos y se acercó á una region montañosa rodeada de pantanos y de espesos bosques en los que era imposible penetrar.

Dominado por sus ilusiones pasó Colon algunos dias explorando aquella parte escabrosa de la isla, y como los buques estaban muy averiados y faltaban viveres, empezó á manifestarse gran descontento entre los navegantes.

En aquella situacion, obligado á volver so pena de que los buques se arruinaran, para que su reputacion no sufriera, determinó que en presencia de Fermin Perez de Luna, escribano público que le acompañaba, acudiesen por turno á su carabela desde los capitanes hasta los grumetes de las otras, y una vez en ella les preguntó si abrigaban alguna duda acerca de si el país que veian era un continente principio y fin de las Indias por el cual podrian volver á España por tierra.

Los navegantes más versados en la geografia, declararon bajo juramento que no les quedaba la menor duda de que aquello era un continente.

Natural es que pensasen de este modo, puesto que habian recorrido trescientas treinta y cinco leguas de costa y todavía veian delante una extension inmensa, no pudiendo imaginar que aquella longitud fuese la de una isla.

¡A dónde lleva la obcecacion de los hombres!

Una vez obtenida aquella aseveracion de los tripulantes, para que ninguno de ellos pudiera contradecirse proclamó el escribano que quien tal hiciera pagara una multa de diez mil maravedises siendo oficial, ó recibiese cien azotes y se le cortase la lengua si era grumete ó pertenecia á las demás gentes de su condicion. (M.)

Si el temor de perder sus embarcaciones no hubiera determinado á Colon á retroceder, uno ó dos dias más por la costa habrian desvanecido sus ilusiones.

Virando hácia el Sudeste llegó á la isla de Pinos, célebre por sus magníficos caobales, hizo allí provisiones de agua y leña y teniendo que luchar con nuevos escollos en medio de la zozobra, del temor, de la ansiedad de los navegantes, encalló la carabela de Colon el dia 30 de Junio con tal violencia que cuantos esfuerzos se hicieron para sacarla con anclas por la popa fueron inútiles y se vieron en la necesidad de arrastrarla por la popa sobre la arena.

Lo que entonces sufrió fué indecible, pero animando con su poderosa energia á los tripulantes logró despues de muchos dias de zozobra y de angustia, llegar á la costa de las provincias de Ornofay,

anclando el dia 7 de Julio á la embocadura de un rio de aquella region.

El cacique que gobernaba en ella salió al encuentro del almirante con algunos de sus vasallos, colmándoles de presentes y distinciones.

Al verse en tanto peligro habia ofrecido el almirante, en cuanto desembarcase, oír una misa con la mayor solemnidad.

Dispuso que se celebrara en aquella playa, y se preparó todo, asistiendo los indios á la ceremonia.

El cacique iba acompañado de su butio, anciano de blanca cabellera y de venerable aspecto.

Llevaba un *quipo* y una calabaza, que ofreció en señal de amistad al almirante.

Mientras se celebró la misa, observaron los indios con la mayor atencion las ceremonias que hacia el eclesiástico español.

Quando terminó el anciano se acercó al almirante, y con solemne acento pronunció estas palabras que ha conservado la historia:

—«Lo que has estado haciendo,—le dijo,—está bien hecho, porque parece que es tu modo de dar gracias á Dios.

»Me han dicho que has venido últimamente á estas tierras con una poderosa fuerza y que has subyugado muchos países y extendido el terror por los pueblos.

»Pero no por eso te llenes de vanagloria.

»Sabe que, segun nuestra creencia, las almas de

los hombres tienen dos viajes que hacer después que se han separado de sus cuerpos.

»Uno á un lugar triste, sùcio y tenebroso, preparado para los que han sido injustos y crueles con sus semejantes; otro á una mansion agradable y deliciosa para los que han promovido la paz sobre la tierra.

»Por lo tanto si tú eres mortal y esperas fenecer, y crees que á cada uno se premiará segun sus obras, no dañes injustamente al hombre, ni hagas mal á los que á tí no te lo han hecho.» (N.)

Profundamente se conmovió Colon al saber las palabras que habia pronunciado y que el lucayo su intérprete le tradujo.

No habia nunca creído que semejante doctrina se profesase en aquellos países.

Dió Colon á aquel rio el nombre de la Misa, en memoria de la que con tanta solemnidad se habia celebrado á su orilla, y dejando á la izquierda los Jardines de la Reina, buscó el derrotero de la Española, porque deseaba volver á la colonia.

El viento le fué completamente desfavorable, y no sin gran trabajo pudieron resistir los buques el temporal.

La carabela del almirante sufrió tanto, que hacia agua por casi todas las juntas.

Dos dias después se detuvo en el cabo de la Cruz, reparando las averías y salió con el ánimo de explorar toda la costa de la Jamaica.

Nada más bello que aquel paisaje; nada más agra-

dable para él que las muestras de simpatía que los indígenas le daban al pasar por delante de sus poblaciones, ó siguiéndolos en ligeras canoas y ofreciéndoles toda clase de regalos.

Al llegar á uno de los parajes más encantadores de la isla se detuvieron, y á poco rato vieron salir á la orilla tres canoas preciosas.

Una era grande, estaba pintada y tenia adornos muy originales.

Avanzaba entre las otras dos, que parecian su escolta.

En la de enmedio iba el cacique con tres mujeres y siete hombres.

Las mujeres eran su esposa y sus dos hijas.

Los hombres dos hijos y dos hermanos suyos.

En la proa iba un indio con el estandarte del cacique, cubierto con un manto formado de plumas, una corona de plumas en la cabeza y una banderola blanca en la diestra.

Dos indios con diademas de plumas de la misma hechura y color y muy embadurnados, tocaban una especie de tamboriles.

Doce indios formaban la servidumbre del cacique.

Las tres embarcaciones llegaron á la carabela de Colon, y previo permiso del almirante, subió á ella el cacique con todos los que le acompañaban.

Este pequeño soberano llevaba en la frente una diadema de piedras blancas y verdes graciosamente combinadas y enlazadas todas por una especie de broche de oro.

Colgadas de las orejas llevaba dos láminas del mismo metal, y suspendidas de un collar de cuentas verdes, caía sobre su pecho una gran flor de lis de oro.

Su esposa, también adornada con piedras de colores, llevaba un cendal de algodón.

Sus hijas no llevaban más vestido que un cinturón de piedras pequeñas del que colgaba un dize del tamaño de una hoja de yedra, formado de algodón y adornado también con piedras.

Al presentarse á Colon:

—Dueño y señor mio,—dijo el cacique en su idioma, y Diego el intérprete trasmitió á Colon,—me han dicho que eres enviado á estas tierras por reyes poderosos.

Las maravillas que me han contado de tu patria me han seducido de tal modo, que he resuelto pedirte que me lleves á tu lado con toda mi familia.

Tú eres poderoso; has dominado á los caribes; has aprisionado á sus guerreros; has cautivado á sus mujeres; todos los habitantes de estas regiones tiemblan al oír tu nombre. Antes que me despojes de mis dominios quiero ir en tus buques á rendir homenaje á tus reyes, á contemplar aquel país prodigioso que tanta maravilla causa á todos los que de él tienen noticia.

Por mucho que sedujera á Colon el deseo del cacique, pensó que llevar á España á que fueran esclavos á los que habían sido reyes, era condenarles á una triste existencia.

—Volved á vuestro palacio,—les dijo,—yo os

aseguro en nombre de mis reyes que vuestro territorio será respetado.

En su nombre también os ofrezco su amistad; pero si persistís en que os lleve á su lado, cuando yo vuelva, porque necesito para cumplir sus órdenes visitar otras muchas islas, os llamaré y os llevaré en mi compañía.

Aunque apesadumbrados, la esperanza bastó á satisfacerlos, y regresaron en las canoas á la isla con la dulce ilusión de que volvería á buscarlos el almirante.

A mediados de Agosto abandonó Colon la costa occidental de la Jamáica, se encaminó hácia Oriente, y un día despues experimentó una agradable sorpresa.